**EL CONSEJO DE DIOS MEDIANTE PROFETAS POCO CONOCIDOS**

1 Corintios 14:1, 3

INTRODUCCION:

 Que algunos profetas sean desconocidos o poco conocidos no significa que sean menos importantes, porque con su intervención marcaron una diferencia en la historia del pueblo de Israel advirtiendo sobre peligros inminentes en algunos casos, en otros anticiparon magnicidios, en otros condujeron a la nación a un cambio de actitud y en otros casos libraron a sus líderes y gobernantes a cometer graves errores. Y lo mismo podríamos afirmar hoy día, que la intervención de algunos profetas contemporáneos, muchos de ellos, también casi desconocidos, han alertado a la iglesia sobre posibles desviaciones de la verdad del evangelio, han edificado la fe de los creyentes y han consolado a los que han sufrido tragedias en sus vidas.

 Debemos recordar siempre las palabras del apóstol Pablo en cuanto a los profetas, que no siempre pronostican el futuro, sino que están entre nosotros para edificarnos, exhortarnos y consolarnos, diciendo, “pero el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación (1 Corintios 14:3)

**I DIOS NOS HABLA MEDIANTE LOS PROFETAS NN**

Las letras mayúsculas o iniciales NN provienen del latín *Nomen Nescio* que se traduce como “desconozco el nombre” para referirse a una persona sin nombre o desconocida. En inglés es *No Name* “sin nombre”.

 En la Biblia encontramos muchísimas referencias a profetas desconocidos, que bien podríamos llamar “profetas NN”. Por ejemplo en Jueces 6:8 dice “Dios envió a los hijos de Israel un varón profeta”, con un mensaje, pero no menciona su nombre. Tampoco se menciona el nombre de un joven profeta que habló en contra de un altar que el rey Jeroboam había hecho, y el altar se partió en dos y se derramaron sus cenizas, y cuando Jeroboam levantó su mano para ordenar que detengan a ese profeta, todo su brazo se secó y no lo pudo enderezar. Y cuando el profeta NN oró por el rey, su mano fue restaurada. (1 Reyes 13:4-7) Tampoco se menciona el nombre del profeta que le dijo a Acab “Así ha dicho Dios: ¿Has visto esta gran multitud? He aquí yo te la entregaré hoy en tu mano, para que conozcas que yo soy Dios: (1 Reyes 20:13)

 Además no conocemos el nombre de ninguno de la “compañía de los profetas” o de los “hijos de los profetas” o de tantos, en toda la Biblia, donde apenas se los menciona sin decir quiénes eran ni cómo se llamaban. En el libro de Los Hechos de los Apóstoles 11:27 dice “En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía”, pero no dice sus nombres, salvo el nombre del profeta Agabo que anticipó que vendría un tiempo de hambre sobre la tierra.

 Incluso hasta el día de hoy hay miles que están profetizando y sirviendo a Dios de los cuales nada sabemos. Sus nombres no aparecen en los libros ni en las revistas ni en los medios, nadie sabe cómo se llaman. Hay miles que trabajan en los barrios marginales, entre los drogadictos y prostitutas, otros llevan la Palabra de Dios a las universidades y centros educativos, otros siguen llevando palabras de esperanza y aliento, que enseñan a los niños como si fueron sus propios padres sin serlo, se han convertido en sus tutores, han cambiado el futuro de generaciones enteras. Hay miles que, movidos por una profecía, han dejado sus hogares, su trabajo o profesión para llevar la luz del evangelio a comunidades indígenas que viven en la oscuridad de la ignorancia y la superstición.

 Tal vez estás sirviendo a Dios en la iglesia o en una misión y que además, puede ser que sentiste la seguridad que Dios te indicó lo que tienes que decir, a dónde debes ir y con quienes tienes que hablar y, sin embargo, nadie te conoce. Y si por casualidad alguien te menciona, no faltará quien pregunte “¿Quién es?” y para muchos seas un “Don Nadie”. Pero para Dios no lo eres. Y te dice lo mismo que a Moisés “Te he conocido por tu nombre” (Éxodo 33:17) Dios si te conoce. En Isaías 43:1 dice “Ahora, así dice Dios, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú”

 Y por Isaías 45:3 te dice “y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy el Señor, el Dios de Israel, que te pongo nombre” y concluye con Isaías 62:2 “Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Dios nombrará”

 Si para muchos eres un NN, sin nombre, no lo eres para Dios, porque si recibiste a Jesucristo, entonces tu nombre está registrado en el “libro de la vida”. Así lo afirma Pablo en Filipenses 4:3 “Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, **cuyos nombres están en el libro de la vida**”.

 Por eso, Dios te conoce por tu nombre y te llama, como dice esa canción:

 *“Señor, tú me llamas por mi nombre*

 *Desde lejos, por mi nombre cada día tú me llamas.*

 *Señor, tú me ofreces una vida santa y limpia,*

*una vida sin pecado y sin maldad.”*

*…Señor, tú me llamas por mi nombre”*

 Por otra parte,

**II DIOS NOS HABLA MEDIANTE PROFETAS SIN PROFECÍAS**

Esto es muy extraño, pero es así. Podemos mencionar dos ejemplos. El primero es el de María, la hermana de Moisés y Aarón.

Cuando el Mar Rojo cubrió al ejército de Faraón que los perseguía, Moisés cantó junto con el pueblo una canción que comenzaba así “Cantaré yo a Dios, porque se ha magnificado grandemente, ha echado en el mar al caballo y al jinete. Dios es mi fortaleza y mi cántico y ha sido mi salvación. Este es mi Dios y lo alabaré; Dios de mi padre, y lo enalteceré” (Éxodo 15:1-2 ) Y cuando Moisés terminó de cantar, el verso 20 dice: “Y **María la profetisa**, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas. Y María les respondía: Cantad a Dios, porque en extremo se ha engrandecido. Ha echado en el mar al caballo y al jinete” (Éxodo 15:20)

María la que cuidó a Moisés cuando era un bebé y cuando su madre lo había puesto en una canasta impermeable y la dejó flotando en el rio Nilo, María fue la que ofreció a la hija de Faraón una nodriza para que se encargue del bebé y le trajo su propia madre. Esta misma María llegó a ser una líder en Israel y se la conoció como “María la profetisa”, pero no se hace mención ni de una sola profecía.

El segundo ejemplo lo tenemos en la iglesia primitiva y ocurrió con las hijas de Felipe, conocido como “Felipe el evangelista” en Hechos 21:9 dice: “Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban” El texto no nos dice cómo se llamaban estas chicas ni qué cosas profetizaban, pero ejercían su ministerio profético sin que nadie las cuestione. Los apóstoles y la iglesia las aceptaban y recibían de ellas el mensaje de Dios.

Entonces ¿cómo es que Dios nos habla mediante estas profetisas si no conocemos ninguna de sus profecías? Es que Dios nos habla más allá de las palabras, nos habla sin palabras del mismo modo cuando nos habla por medio de la naturaleza, por medio de las cosas creadas. No hay sonido, no es oída su voz, no existe ninguna escritura o registro en la creación, sin embargo, Dios nos habla por medio de las cosas hechas, como lo señala el apóstol Pablo en Romanos 1:20 “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

Del mismo modo, Dios no escribió ni mandó escribir acerca de las profetisas, ni enseñó que las mujeres pueden predicar o profetizar, solamente las hizo aparecer. Las creó y las hizo aparecer igual que toda la creación, para mostrarnos “su eterno poder y deidad”, y para enseñarnos que las mujeres pueden ser sus mensajeras, pueden ser tan buenas predicadoras de Dios como los hombres, o mejores aún. Aunque algunos lo nieguen e insisten que las mujeres no deben predicar y se oponen tenazmente que enseñen o prediquen. Pero ¿Cómo podían profetizar sin edificar, exhortar y consolar? Porque si hace esto estarán enseñando y predicando. Pero la Biblia nos enseña que también podían aconsejar a generales del ejército y a gobernar una nación como lo hizo Débora según el libro de Jueces 4:4 en “Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot.” Débora era gobernadora y profetiza puesta por Dios y reconocida por la nación de Israel.

 En todo caso, aquí no se trata si la profecía es por medio de un profeta o una profetisa, de un hombre o de una mujer, tampoco si es un joven o un viejo, o si viene de un líder reconocido o de un desconocido. El punto de la cuestión está en la veracidad y autenticidad de la profecía. Si realmente fue Dios, o fue el producto de la imaginación o del deseo del que profetiza. Aquí se trata si el árbol es bueno o es malo. Porque, como dijo Jesús, el árbol bueno, es decir, si la persona que habla es buena, tendrá frutos buenos, y si es mala, tendrá frutos malos. Porque el árbol se conoce por sus frutos. Y una persona se conoce por lo que produce y no solo por lo que dice. Si lo que dice produce buenos resultados, si lo que dice mejora la vida de los oyentes, si les devuelve la fe, si les da nuevas fuerzas, entonces es indicio que es un profeta verdadero o una profetiza verdadera.

 Aunque nadie recuerde lo que dijiste, pero muchos recuerdan el bien que les has hecho, recuerdan que les diste un soplo de vida y de esperanza, entonces te recordarán por lo que has sido para ellos. Te recordarán por tus buenos frutos…y tal vez digan simplemente que fuiste un profeta.

**III DIOS NOS HABLA MEDIANTE PROFETAS POCO CONOCIDOS**

Si hemos leído toda la Biblia, una o varias veces, recordaremos los nombres de profetas como Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y algunos de los demás profetas, incluso tal vez recordemos a Moisés y Aaron que también fueron profetas, o a Nathan en los tiempos del rey David, pero ¿Qué sabemos de Ahías, Semaías, Micaías, Azarías, Obed o de la profetiza Hulda? No los recordamos porque han sido como estrellas fugaces. Han aparecido, dieron un mensaje de parte de Dios y luego desaparecieron. Nunca más se los volvió a mencionar.

Al profeta Ahías se lo recuerda porque anunció la partición de la nación de Israel en dos. Diez tribus o provincias fueron entregadas a Jeroboam para que las gobierne, y dos tribus a Roboam el hijo del rey Salomón. (1 Reyes 11:28-33) La profecía de Ahías nos ayuda a ver más allá de los problemas, más allá de una división. El plan de Dios es que la nación sea una nación unida, y también el plan de Dios es que la iglesia sea una iglesia unida, como escribió Pablo en 1 Corintios 1:10 “Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”. Sin embargo, a veces Dios permite y promueve una división como en el caso de Israel y Judá por causa de la idolatría. Algo parecido ocurrió con la Reforma del siglo XVI, cuando la iglesia reformada se separa o es separada de la iglesia romana. Al final a Reforma provocó la Contra Reforma y el concilio de Trento donde se corrigieron muchas cosas de la iglesia católica que estaban mal y también se produjo un movimiento misionero a nivel mundial por medio de los jesuitas, los dominicos y los franciscanos. También, cuando la iglesia se encierra mucho en sí misma, y no piensa en extenderse, a veces una división la hace multiplicar. Alguien dijo “Nuestras iglesias nacieron por parto difícil”, pero en fin, lo importante es que nacieron y cobraron un nuevo impulso

Al profeta Semaías se lo recuerda porque evitó una guerra civil cuando Roboam preparó su poderoso ejército para reincorporar a las 10 tribus que se habían separado. (1 Reyes 12:22-24) 1 Reyes 12:22 “Pero vino palabra del Señor a Semaías varón de Dios”…(24) “Así ha dicho Dios: No vayáis, ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel; volveos cada uno a su casa, **porque esto lo he hecho yo**. Y ellos oyeron la palabra de Dios, y volvieron y ser fueron, conforme a la palabra del Señor.” Puede ocurrir que estemos seguros que tenemos la verdad, que nuestra causa es justa, que la razón nos asiste, y tenemos el respaldo de la Biblia, sin embargo, podemos estar equivocados, porque no aprendimos a escuchar a Dios. Y en algunos casos Dios nos va a decir lo mismo “esto lo he hecho yo”. En otras palabras es como si dijera “yo dejé que pasara esto porque tengo un plan”.

A Micaías se lo recuerda porque fue contra la corriente de todos los profetas que anunciaban la victoria del rey Acab y Josafat, pero Micaías dijo: “Vive Dios, que lo que Dios me hablare, eso diré” (1 Reyes 22:14) Micaías no se dejó influenciar por la opinión de otros, ni trató de quedar bien con los poderosos. Y aún a costa de su libertad, dijo lo que Dios quería que diga. Y todo lo que dijo se cumplió. Y es probable que nos enfrentemos con la misma situación cuando toda la sociedad, todos los medios de comunicación, toda la propaganda, todos los recursos y el dinero de los poderosos apoye una idea que sabemos muy bien va en contra de los principios cristianos, en contra de los que Dios quiere, y tengamos que decir como Micaías “Vive Dios, que lo que me hablare, eso diré”. Puede ser que nos escuchen, o puede ser que no. Puede ser que lo que decimos los haga pensar, o puede ser que se vuelvan en contra con amenazas y ataques. Lo importante de todo es ser totalmente veraces, honestos y fieles a Dios. Sin duda, el tiempo y los hechos mostrarán que la Palabra de Dios sigue vigente.

 Al profeta Azarías se lo recuerda porque salió al frente del rey Asa y le animó a limpiar el país de la idolatría y diciendo “Dios estará con ustedes, si ustedes están con Dios…y si lo dejan, él también los dejará”. Azarías mostró la diferencia entre estar con Dios y estar fuera de Dios. Mostró que con Dios el futuro puede cambiar para bien. Y su mensaje sigue tan actual como en la antigüedad. Es lo mismo que escribió Pablo “Si Dios es por nosotros ¿Quién contra nosotros?”.

 Y a la profetisa Hulda se la recuerda porque, cuando el rey Josías encontró el libro de la Ley de Dios mientras estaba reparando el templo, y al leerlo se dio cuenta que estaba bajo una fuerte maldición y que toda la nación sería destruida por Dios porque habían desobedecido sus leyes. Entonces fue a consultar a la profetiza Hulda, quien le dijo “Por cuanto oíste las palabras del libro y tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar…y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestiduras y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice el Señor” (2 Crónicas 34:26-27)

CONCLUSIÓN:

 En conclusión, podemos observar que todos estos profetas brillaron solamente en un momento, o tuvieron una sola intervención en toda su vida, o se destacaron en algo al principio de una historia, tal como ocurrió, por ejemplo con Felipe, que fue primero diácono en Jerusalén y luego un destacado evangelista por un breve momento, y nunca más se supo nada de él. O lo que ocurrió con Bernabé, que después del primer viaje misionero desapareció de la escena. Es probable que Dios también nos asigne una misión breve para impactar o cambiar algo y elija a otros para un prolongado ministerio, como ocurrió con Samuel, Eliseo, Isaías, Jeremías o el apóstol Pablo.

 Podemos ser poco conocidos o desconocidos, con un ministerio breve, muy corto, pero no menos importantes en el plan de Dios. Y eso es en definitiva lo que importa: que hagamos la voluntad de Dios, sea largo o corto nuestro camino. Lo que importa es que le digamos a Dios: “Aquí estoy a tu disposición, para el tiempo que quieras, donde quieras que vaya iré y diré lo que quieres que diga”.